

Ética valorativa en la cultura en América Latina

Por Miguel HERNANDEZ DIAZ*

LA CULTURA HUMANA HA SUFRIDO UN CAMBIO SUSTANCIAL, por lo cual se han levantado voces de alarma ante los supuestos peligros de ese cambio. Es la natural inquietud por hacer del hombre una víctima de sus obras, o del “espíritu” un ser cautivo de la “técnica”, el ente desprovisto de ser. Sobre todo, el pensamiento occidental ha impuesto su inquietud de dependencia, creando un nuevo sistema de vida. Platón sustituye el diálogo oral por una memoria escrita: la escritura es la posibilidad de preservar para siempre el pensamiento.¹ La invención de la imprenta vino a pervertir la forma del saber, ahora al alcance de todos por medio de la escritura. Sin duda, la sabiduría humana ha dejado de ser ámbito exclusivo de la filosofía, se hace tosca y pierde brillo; al dejar de ser manuscrita la literatura se convierte en un hábito público y provoca nuevos hábitos. El texto impreso incrementa las posibilidades del individuo para elogiar y denunciar, excusarse y acusar; se introduce la lengua vernácula para establecer nuevos negocios. Por eso muchos impresores poseyeron no sólo prestigio, sino riqueza y poder, al igual que los actuales magnates de la información. Además, el teléfono ha dado lugar a nuevos hábitos de la humanidad para comunicarse de cerca y a larga distancia.

La televisión es el instrumento para ver los acontecimientos que suceden en la cotidianidad de la vida humana. Podemos ver, de una forma crítica, que la televisión ha acabado por transformar el hábito natural humano. En cuanto a la cultura digital, el comportamiento está cambiando mucho y a mayor velocidad. Por ello, Bilbeny sostiene que la telecomunicación ha intensificado, en términos evolutivos, la transmisión cultural necesaria a nuestra especie, cuyos conocimientos se expanden por la tradicional vía “vertical” y por la vía “horizontal”. La nueva telépolis ya no es endogámica, sino una ciudad mundial de la información. Sin embargo, no deja de ser una “ciudad a distancia”, sin raíces en la tierra ni lazos directos entre sus habitantes, y aún está por ver en qué grado habrá introducido un nuevo orden cultural abierto y sin jerarquías.²

* Profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México E-mail <jlumaltik@yahoo.com.mx>

¹ Platón, *Hippias Mayor. Fedro*, Juan David García Bacca, trad., México, UNAM, 1966, p. 93

² Norbert Bilbeny, *La revolución en la ética*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 26

Si la revolución cognitiva ha llegado a transformar, con la tecnología genética, la reproducción de la vida y finalmente la esperanza de vida para cada uno. ¿cómo no van a cambiar todas las tecnologías juntas nuestra forma de vida? Con todo, un planteamiento desapasionado del asunto debe empezar por admitir que la revolución cognitiva no complica ni resuelve, por sí misma, los valores de la vida, que van a seguir dependiendo, de la disposición de cada individuo frente al riesgo de convertirse en un consumidor pasivo o un usuario sumiso. Por eso tan absurdas son las actitudes apocalípticas o pesimistas contra las nuevas tecnologías como aquellas que las hacen objeto de un nuevo mesianismo o del simple optimismo. Deducir de ellas la indigencia humana y el “olvido del ser” tiene tan nulo fundamento como adivinar en ellas la plenitud de los tiempos.

Mercedes Garzón dice que “lo virtual se realiza en el *click* computarizado. Un espacio real y la disponibilidad de los portales abiertos al mundo de la red, bajo un sorbo de café o una copa de licor”.³ Por ello, la velocidad tecnificada cambia la visión del mundo. Nos proporciona qué ver; por ejemplo, una fotografía y el cine. Los aparatos electrónicos, como la calculadora y la computadora ahora son muy comunes en el uso rápido para el trabajo científico.

La Internet no está reñida con la imaginación. Como se ha dicho de la red de redes de la información: “Posee cuatro cualidades muy poderosas que la harán triunfar: es descentralizadora, globalizadora, armonizadora y permisiva”.⁴ Es un mensaje desinformador en clave de redención moral. Ninguna de estas cualidades puede ser negada para un futuro, pero en el presente distan mucho de la realidad.

Si las tecnologías de la información van a cambiar nuestra forma de vida, lo van a hacer en todos los sentidos. Es razonable dar por bueno el principio de estar informado y hacer deseable una información lo más amplia, rápida y accesible para todos. No habrá que arrepentirse del hecho mismo, y de gran parte de sus consecuencias, de haber obtenido unas relaciones de producción y de comunicación más informadas y más abiertas a una eventual participación. Ésta es la revolución industrial. Mercedes Garzón, sostiene que:

La revolución industrial inauguró la revolución de los transportes, misma que produjo importantes consecuencias sociopolíticas, geopolíticas y geoestra-

³ Mercedes Garzón Bates, *www. La-ciberética.com ensayo de la filosofía ficción en torno a la cibercultura*, México, Torres Asociados, 2001, p. 5

⁴ Bilbeny, *La revolución en la ética* [n. 2], p. 27.

tégicas. Aunque ambas fueron contemporáneas y producidas la una a la otra, la revolución de los transportes modificó el medio de nuestras sociedades de una manera considerable. La revolución de los ferrocarriles y la revolución de la máquina de vapor, que dio lugar a los grandes navíos y al poderío marítimo, provocaron una revolución del espacio-tiempo. A partir del momento en que la sociedad se encamina hacia la puesta en práctica de una velocidad industrial, se pasa muy gradualmente de la geopolítica a la cronopolítica.⁵

Aunque, por el contrario, algunas conductas relacionadas con el cambio tecnológico están siendo juzgadas como indeseables y a veces son vistas como motivo de castigo. La telesociedad parece pedir hoy sujetos “adaptables”, dispuestos a mutar su fuerza de trabajo o quedarse sin ella, y no menos “tolerantes” o resignados a no hacer de su hastío una queja contra la llegada del futuro o un motivo de lucha que no da lucha frente al nuevo orden programado. Así, coincido con el planteamiento de Paul Virilio, cuando dice: “Pero sin libertad para criticar la técnica, tampoco hay ‘progreso técnico’, sino un condicionamiento solamente, y cuando este condicionamiento es cibemético, como se da el caso hoy en día con las nuevas tecnologías, la amenaza es considerable”.⁶ En fin, Virilio continúa diciendo que “las nuevas tecnologías son las tecnologías de la cibemética. Las nuevas tecnologías de la información son tecnologías de la puesta en red de las relaciones y de la información y, como tales, son claramente portadoras de la perspectiva de una humanidad unida, aunque al mismo tiempo de una humanidad reducida a una uniformidad”.⁷

Ahora bien, nuestro objeto de estudio es el problema que se vive en América Latina, lugar que ha sido un espacio de imposiciones y de experimentos desde la época de la conquista por los europeos, y hoy los norteamericanos la tienen como un sitio más de su hogar. Según Roberto Eibenschutz H.:

La red mundial de ciudades regionales que se disputan los mercados y ejercen su hegemonía en todo el planeta controla los flujos económicos globales, de ella parten las decisiones políticas que afectan a miles de millones de habitantes. Es también en ella donde se dan las manifestaciones artísticas y culturales más depuradas y donde las nuevas tecnologías, producto de la aplicación de nuevos conocimientos científicos, generan cambios que hacen obsoletas las formas de producción tradicionales y dejan fuera de la competencia a los países de

⁵ Garzón Bates, *www La-ciberética.com ensayo de la filosofía ficción en torno a la cibercultura* [n. 3], p. 19

⁶ Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid, Cátedra, 1999. p. 13

⁷ *Ibid.*, p. 14

América Latina, cuyo desarrollo depende cada vez más de estas decisiones y estas tecnologías.

Lo anterior explica en buena medida la polarización social y económica ya mencionada: mientras algunos individuos privilegiados tienen acceso a una educación especializada, cuentan con los más avanzados recursos informáticos a través de las redes mundiales computarizadas y se mueven en los círculos financieros y políticos donde se toman las grandes decisiones, las grandes masas empobrecidas se debaten en la lucha por la subsistencia cotidiana, en la que invierten todas sus capacidades, lo que impide su acceso a la modernidad y los relega a una función de cómplices pasivos en la construcción de un modelo de desarrollo que les es ajeno y no los beneficia.

Esta situación tiende a crear espacios discontinuos en los que, gracias a los avances en la tecnología del transporte y la cibernética, es posible la interacción para ciertos individuos en dimensiones físicas y temporales que hasta hace pocos años sólo se encontraban en los relatos de ciencia-ficción.

Por otra parte, aprovechando la tecnología descrita, los medios de comunicación masiva se encargan de difundir valores, conductas y hábitos consumistas a millones de espectadores que, en un gran acto de comunión, pueden, desde la comodidad de sus hogares situados en muy diversos países, disfrutar simultáneamente las emociones de una pelea de campeonato mundial de box, conocer la importancia de adquirir el último modelo de automóvil y consumir la bebida de moda en el mundo.

Por su parte, Jesús Martín Barbero retoma la idea de José Joaquín Brunner y sostiene que

a diferencia del proceso que hasta los años sesenta se definió como imperialismo, la globalización de la economía redefine las relaciones centro/periferia. Los países latinoamericanos no son ya un exterior invadido, pues lo que es la globalización son transformaciones que se producen desde y en lo nacional y aun lo local. Es desde dentro de cada país que no sólo la economía sino la cultura se mundializa. Lo que ahora está verdaderamente en juego no son meras reglas para el intercambio de productos sino la rearticulación del papel de los Estados y del sentido de la relación entre los países mediante una descentralización que concentra el poder económico y una deslocalización que hibrida las culturas. La globalización descentra esa esfera en dos planos: el de la formación de una macroesfera de opinión pública internacional hasta

* Roberto Eibenschutz H.. "Los estudios sobre la Ciudad de México, una perspectiva al año 2000", en *Seminario Lo político y lo privado en ciudades multiculturales: programa de estudios sobre cultura urbana*, México, UAM-I, 1966, p. 11

cierto punto a la zaga del proceso y el flujo económico —los derechos humanos y la cadena de televisión CNN serían los ejemplos que explicitan la doble cara de esa esfera— y el surgimiento de microesferas asociadas al estallido de las identidades nacionales, esto es regionales y locales, en abierto conflicto con la esfera nacional centralizada. Más que opuestos, globalización y relocalización son hoy procesos complementarios.⁹

Barbero sostiene que “el rechazo a lo colectivo, y a la autorrepresentación, emerge de la desafección ideológica hacia las instituciones políticas y de búsqueda de un quiebre a la uniformación cultural”.¹⁰ Además, las nuevas tecnologías de comunicación, en Latinoamérica, transforman el proceso, la forma dominante y normal de la comunicación social para que sean las clases y los grupos dominados los que tomen la palabra. En todas esas prácticas se pueden rastrear ciertas señas de identidad a través de las cuales se expresa, se hace visible, un discurso de resistencia y de réplica al discurso burgués. En pequeñas investigaciones sobre algunas prácticas se hizo patente que esa memoria popular adquiere su sentido no desde la búsqueda de una recuperación nostálgica sino en la oposición a ese otro discurso que la niega y frente al cual se afirma, en una lucha desigual, que remite al conflicto de clases y más allá de él al conflicto entre la economía de la abstracción mercantil y la del intercambio simbólico. En fin, la “cultura masiva” es negación de lo popular en la medida en que es una cultura producida para las masas, para su masificación y control, esto es, una cultura que tiende a negar las diferencias verdaderas, las conflictivas, reabsorbiendo y homogeneizando las identidades culturales de todo tipo. En este sentido, “la cultura masiva no es algo tan nuevo, no es más que la forma que adquiere actualmente, en el estadio del capitalismo monopolístico, el proyecto histórico que la burguesía produce para el pueblo desde finales del siglo XVIII, al darse a sí misma un proyecto de clase universal”.¹¹

El país que muestra el modelo hegemónico en América Latina es nuestro vecino, Estados Unidos. De acuerdo con la crítica de Armando Bartra,

contraponer el mundo de arriba con el mundo de abajo, las pesadillas norteamericanas con los sueños guajiros y la globalidad hegemónica con las tercas utopías tropicales significa cuestionar la nueva colonización agazapada tras mega-

⁹ Jesús Martín Barbero, “El miedo a los medios: política, comunicación y nuevos modos de representación”, *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 161 (1999), p. 43

¹⁰ *Ibid.*, p. 17.

¹¹ Jesús Martín Barbero, *Retos a la investigación de comunicación en América Latina, en la comunicación participativa, alternativa, popular*, Cali, Universidad del Valle, 1980, p. 110

proyectos como el Plan Puebla-Panamá a partir de las experiencias automáticas y autogestionarias desarrolladas en la región. Así, el Sur es el planeta profundo para los norteamericanos. Bautizado y acotado por un Norte expansivo y colonizador que de arranque definió el arriba y el abajo del mapamundi, es un concepto geográfico pero también simbólico. Una alegoría que enlaza naturaleza pródiga con indigencia social, vegetación opulenta y lujuriosa con humanidad inerte, perezosa, incontinente, bárbara. Que asocia el sol canicular con el ánimo bullicioso, con la liberación de los impulsos reprimidos, con el lado femenino y desfajado, con la imaginación y el sueño, con el inconsciente, con la revolución, con la utopía.¹

De acuerdo con el pensamiento de Bartra, Centroamérica, y en particular su amplia franja equinoccial, es el subcontinente rural y campesino, la América de los indios y los negros, la periferia por antonomasia. Pese a que desde hace rato los presidentes de nuestra república sueñan en inglés, el sur todavía empieza en el río Bravo; pero el México equinoccial y Centroamérica son el sur del sur, el subdesarrollo subdesarrollado. Algunos piensan que se trata de un ámbito marginal, un mundo cada vez más "norteadado" y excluyente donde hasta la agricultura que cuenta es primarmundista y el grueso del comercio fluye entre países industrializados. Sin embargo, la presunción de que la cintura del continente es irrelevante para el capital no se sostiene. Además de agroexportadora de cultivos de plantación —el proverbial banano y sus semejantes—, la zona resultó escondrijo de recursos estratégicos: petróleo, gas natural y minerales no metálicos, mantos de valiosa agua subterránea y ríos de alto potencial hidroeléctrico, bosques maderable pero también generadores de los llamados servicios ambientales, potencial pesquero de agua dulce y salada. Y sobre todo, biodiversidad: profusión de flora, fauna y microorganismos, con frecuencia endémicos, de interés creciente para la pujante ingeniería genética, y de importancia decisiva para el gran capital, dada la progresiva biologización de la actividad productiva. Esto hay que agregar que por naturaleza e historia, Mesoamérica y el Caribe son ámbitos de privilegio para los servicios turísticos. Pero más allá de sus recursos naturales y culturales, por su ubicación geográfica el istmo es insoslayable corredor del ingente comercio que fluye de la Costa Este de Estados Unidos al Pacífico buscando rutas que esquiven lo Apalache y las Rocallosas. Por último, subempleada y a la intemperie, la mano de obra mesoamericana resulta muy atractiva para un capital que segmenta los procesos productivos desperdigándolos por todo el planeta.¹³

Armando Bartra, *Índice del Plan Puebla-Panamá*, México, Mesoamérica.com, 2001, p. 1.
Ibid., p. 1.

Bajo este orden de ideas, Bartra dice que si queremos un futuro habitable para Mesoamérica, de arranque necesitamos repensar la relación entre el Norte y el Sur. El modelo concéntrico del mundo, que concibe el proceso planetario como obra de sucesivas oleadas civilizatorias provenientes de unos cuantos polos metropolitanos, está en crisis. La modernidad que queremos no es la que se difunde desde un centro, como las ondas que provoca en el estanque la caída de una piedra. Proverbial ámbito de descubrimiento y colonización, el Sur viene de regreso. Y no se trata sólo del multitudinario éxodo sudaca que fluye a contrapelo de las viejas migraciones, se trata también de la colonización de los imaginarios norteños por la cultura tercermundista, del cerco espiritual a las metrópolis por un Sur que exporta paradigmas y utopías como antes exportaba grana, cochinilla y maderas preciosas.

Pero tampoco se trata de invertir la metáfora y voltear el mapamundi. El reto de la globalización alternativa es erradicar las hegemonías y el pensamiento único; es concebir y edificar un mundo descentrado o multicéntrico, al modo del estanque acribillado por la lluvia donde se cruzan incontables ondulaciones. Y para transformar la globalidad hegemónica en una red de redes es necesario subvertir ideas rancias. Así como hay hombres centrales y modernos, otros somos periféricos y anacrónico, es decir, que el mundo se divide en los privilegiados del Norte que viven en el presente y los desahuciados del Sur que habitamos el pasado; cuando lo cierto es que en el tiempo de la comunicación instantánea y los éxodos planetarios todos somos rigurosamente contemporáneos. En el mundo de la absoluta interioridad o nos salvamos todos o no se salva ni Dios. Otra idea a desechar es el socorrido prejuicio de que la economía es dura y la sociedad blanda, de modo que las aspiraciones humanas deben plegarse al inapelable fallo del mercado.¹⁴ Es más, piensan algunos, si el mercado ha de proveer, las aspiraciones humanas salen sobrando. Lo cierto es que en la centuria pasada imperó la desalmada economía, nos toca a nosotros domesticar producción y circulación, haciendo del XXI el siglo de la sociedad.

La América de en medio

BARTRA plantea una situación problemática en Centroamérica, región que está formada por Panamá, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Belice y los estados mexicanos de Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Guerrero, Puebla y Veracruz.

¹⁴ *Ibid.*, p. 2

La región se extiende sobre 102 millones de hectáreas, donde habitan 64 millones de personas, de las cuales casi la mitad vive en el campo, alrededor de 40% trabaja en la agricultura y 18% es indígena. Pero la más destacable y compartida señal de identidad es que más de 60% de los mesoamericanos son pobres. Sin embargo, tanto la flora como la fauna son depredadas para la venta ilegal de mamíferos, reptiles y plantas, sobre todo orquídeas. Deforestación que es particularmente grave en la porción mexicana; en 1960 la selva Lacandona tenía 1.5 millones de hectáreas arboladas y 12 mil habitantes, hoy le quedan 325 mil hectáreas con árboles pero la ocupan 215 mil habitantes. Esta riqueza biológica es posible, entre otras cosas, por la abundancia de aguadulce, que en sí misma es un recurso estratégico.

La principal actividad volcada al exterior es el turismo, pues llegan a la región alrededor de cinco millones de visitantes al año. No obstante, la principal ventaja comparativa de la zona es su maldición, pues en los últimos años han caído los precios de los productos agrícolas tropicales, ocasionando un déficit de 23 mil 600 millones de dólares, apenas compensado por las inversiones extranjeras directas y los créditos.

Por ende, los pueblos de la América de en medio viven en vilo, al borde del desastre; cuando no caen los precios del café, el azúcar o el banano, sofocan a la región sequías como la de 1994 o la sacuden huracanes con nombres en inglés como Lily, George y Mitch.

También entre los mesoamericanos hay clases sociales, y la relación económica entre México y los países de Centroamérica es profundamente asimétrica. Por cada dólar en mercancías que las siete economías istmicas exportan a México, importan bienes de ese país por cuatro dólares. La economía de los países pobres mira hacia arriba y la articulación entre la mesoamericana y la norteamericana, con México como gozne, confirma la aseveración. Pero si México se mundializa económicamente hacia el norte, socialmente está englobado en Centroamérica.¹⁵

Conforme nos alejamos de Estados Unidos, aumenta la temperatura, bulle la vegetación, menudean los baches y se encona la pobreza. Un buen indicador de este descenso en los infiernos sociales es el jornal. Un hombre no vale lo mismo en el norte que en el sur. El salario mínimo por hora en Estados Unidos es de 5.15 dólares, mientras que en México es de 35 centavos de dólar, 14 veces menos, aunque en el caso de los sueldos industriales la diferencia es de solamente 1 a 10. Pero éstas son engañosas medias nacionales, y el sur es sobre todo campo, ámbito donde las remuneraciones son aún más bajas, 70% de los ocupados gana menos del salario mínimo. Y si los salarios bajan con la latitud, los trabajadores

¹⁵ *Ibid*

remontan el continente rumbo al Norte. Es la ley del mercado, que no puede ser bloqueada por la cruenta Línea Maginot en que se ha transformado la frontera norte.

Y aun entre los damnificados del sur hay diferencias. La pobreza está generalizada, pero el sur es más pobre que el norte, el campo más que la ciudad, los indios más que los mestizos, las mujeres más que los hombres y los jóvenes más que los adultos. La gran marcha al norte dramatiza esta situación, pues México y Centroamérica comparten la condición de expulsadores de fuerza de trabajo y generan más de la mitad del total de migrantes indocumentados en Estados Unidos. Así, de cada 100 fuereños sin papeles, 70 son latinos, y de ellos 40 son mexicanos, 10 salvadoreños, 4 guatemaltecos, 2 nicaragüenses y 2 hondureños. Ahí sufren vejaciones todos por igual, pero también el sector latino de su éxodo es un infierno. El tratamiento que reciben en nuestro país los migrantes "sudacas" documenta el verdadero talante de las autoridades mexicanas. Con la diáspora del tránsito, el gobierno de México no actúa como "hermano mayor" de los centroamericanos, sino como cancerbero de los estadounidenses.

Contra pesadillas norteadas, sueños guajiros

BARTRA sostiene que el plan con maña de los megaproyectos del sur es frenar el éxodo a Estados Unidos mediante corredores transverales sustentados en vías interoceánicas de comunicación y plagados de servicios comerciales y maquiladoras. De ser así, se debe reconocer que por fin coincide en algo con esas intenciones. Efectivamente, hay que detener las compulsiones migratorias de los sirianos; afán que desgarró tanto familias como culturas y amenaza con vaciar nuestros países. Los viajes ilustran, pero no cuando son el peregrinar de la miseria.¹⁶ De modo que los mesoamericanos deben ser retenidos en sus lugares de origen, pero no interceptados por los corredores maquileros al uso, infiernos sociales cuyas mayores ventajas comparativas son los lazos y soslayable controles ambientales y las huidas y transgredibles regulaciones laborales. Para la migración económica compulsiva es restaurar la esperanza en un futuro regional habitable. Y en este futuro habrá producción agrícola, agroindustria y servicios, como habrá industria, incluyendo maquiladoras. Lo que no puede haber son condiciones laborales dignas de la Inglaterra del siglo XIX, saqueo de los recursos naturales como en tiempos de las compañías coloniales de ultramar y trabajo agrícola forzado como el de las

¹⁶ *Ibid.*, p. 6.

plantaciones y monterías del porfiriato. Atraer inversión a costa del ecocidio y la ignominia es inadmisibile, también lo es el rechazo por principio a la expansión del capital realmente existente, cuando éste genera las únicas fuentes de trabajo disponibles para muchos mexicanos. Proponer una política de soberanía laboral que nos permita retener a los migrantes con opciones dignas no significa descalificar la migración ni *satanizar* sus destinos de trabajo; y de la misma manera reivindicar los buenos salarios y las cadenas productivas integradas que nos reportarían un mercado interno dinámico, en vez de una economía que es casi la única que está generando empleos adicionales. Los campos de concentración maquilera son un purgatorio, pero sin ellos estaríamos en el infierno del desempleo galopante.

Entre tanto, el éxodo económico y la industria del montaje intensivo en mano de obra seguirán siendo destino irrenunciable para numerosos mexicanos y mexicanas de a pie. In duda hay que denunciar la migración criminalizada y el régimen carcelario en las fábricas, pero también hay que luchar porque se humanicen estos trances, que para muchos son forzosos. Porque revolución ya no mata reforma, el añejo modelo económico se aferra, y las maquileras derrengadas y los indocumentados muertos siguen ahí.

No se trata, pues, de rechazar por principio las inversiones. El problema está en reducirlo todo a la creación de “polos de desarrollo”, donde quizás se aprovechen las “ventajas comparativas” en términos de recursos locales, pero que difícilmente responderán a los requerimientos sociales de la región, de modo que la mayor parte de la gente seguirá siendo pobre, marginada y migrante. Y lo será aún más: con tal de no “reprimir” el “potencial productivo” se propicia la concentración de la tierra vía venta y renta, y las grandes plantaciones celulósicas, huleras, de palma africana o de otro tipo arrasan con lo que resta de la economía campesina. Estos “polos de desarrollo” serán, entonces, auténticas economías de enclave, arrimadas sin duda al mercado mundial pero de espaldas a la sociedad local.¹⁷

En conclusión, nos podemos preguntar, ¿qué hacer entonces? ¿Tratar de compensar el daño con gasto social asistencialista y focalizado que, al formar “capital humano”, en el largo plazo les permita a los locales sobrevivientes aprovechar la “oportunidad” del crecimiento? ¿Oponerse a todo desarrollo económico, pues resulta intrínsecamente maligno? Pienso que la salida está en repensar la economía y sus estatutos para que, escapando de la presunta dictadura del mercado, podamos hacer del fomento productivo no un fin en sí mismo sino una palanca del desarrollo social. Y para esto no hace falta negar de manera voluntarista las “ventajas comparativas”. Las señales del mercado son, sin duda, condicionantes de

¹⁷ *Ibid*

toda política de fomento que se repite, premisas duras de cualquier estrategia de desarrollo, pero los valores y objetivos del proyecto deberán ser de carácter social. Necesitamos una economía del sujeto y no del objeto, una economía que se ocupe de necesidades y potencialidades humanas y no sólo de mercancías, una economía moral. Y esta economía ya existe, no en los megaproyectos gubernamentales, pero sí en la lógica de la producción doméstica rural, en la vida comunitaria, en las prácticas de algunas organizaciones campesinas.

Contraoponer el mundo de arriba con el mundo de abajo, las pesadillas norteñas con los “sueños guajiros”, la globalidad hegemónica con las tercas utopías tropicales, significa cuestionar la nueva colonización, agazapada tras megaproyectos como el plan Puebla-Panamá, a partir de las experiencias autonómicas y autogestionarias desarrolladas en la región. Porque los profetas del libre mercado son quienes crean los proyectos de escritorio como si fueran las alternativas societarias reales de los productos. Las alternativas están en todas partes, pero en el caso mexicano han tenido un despliegue excepcional en el movimiento autonómico indígena y en las organizaciones de los pequeños productores, tal es el caso de los cosechadores de café.

Supuestamente emancipadas del yugo externo y de sus propios demonios, las comunidades indígenas prefiguran formas de convivencia solidarias habitables por todo , y las redes de modestos milperos y huerteros, que a veces se extienden hasta los consumidores de los países primermundistas, son laboratorios de una “economía moral”.¹⁸ La construcción social de la experiencia, la invención práctica y colectiva de modelos virtuosos de producción y circulación, son los ámbitos donde las ideas neoliberales pueden ser derrotadas, y también donde se está conformando la fuerza social capaz de frenar la globalidad excluyente y construir un orden habitable.

Así, el proyecto del Plan Puebla-Panamá cuenta con una posición geográfica privilegiada para vender las mercancías hacia los tres bloques comercial (Norteamérica, Europa y Asia). Además, se afirma la existencia del proceso de democratización en los países de la región que están fortaleciéndose y ampliándose, según el diagnóstico, aunque la situación en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y muchas entidades del sur de México digan lo contrario por la crisis democrática y de credibilidad del aparato de Estado y los procesos electorales que atraviesan. Como consecuencia, el suelo abundante y con costos competitivos a nivel mundial en la medida en que los gobiernos regalan la tierra para las inversiones, o

¹⁸ *Ibid.*, p. 7

que los campesinos e indígenas renten o vendan sus tierras a costos absurdo, se fortalece en las posibilidades de financiamiento de proyectos a través de agentes multilaterales, como el Banco Interamericano de Desarrollo. Es la banca multilateral la que tiene ahorcados a los países de América Latina y el Caribe. Actualmente, toda la región tiene más de 750 mil millones de dólares en deudas.¹⁹

¿Qué harán con la población campesina que habita por donde pretenden que pasen los canales secos, las vías del tren, las carreteras privadas, las presas hidroeléctricas? El problema no está en la infraestructura sino a quién beneficia, a qué costo social y medioambiental, a costa de quiénes. El reto inmediato de las comunidades indígenas y campesinas será, entonces, defender sus tierras y sus casas. Y por si fuera poco, con millones de pobres, campesinos e indígenas, cuyas tierras están rodeadas de campamentos militares y puestos de policía después del cumplimiento del proyecto.

Las grandes empresas reclaman cuando sus derechos se ven ahorcados, pero guardan silencio cuando los indígenas exigen esos mismos derechos, permisos y radios comunitarios para transmitir información y cultura en sus propias lenguas. En los Acuerdos de San Andrés se reconoce que es indispensable dotar a estos pueblos de sus propios medios de comunicación, los cuales son también instrumentos clave para el desarrollo de sus culturas. Por tanto, se propondrá a las instancias nacionales respectivas la elaboración de una nueva ley de comunicación que permita a los pueblos indígenas adquirir, operar y administrar sus propios medios de comunicación.

El gobierno interviene por medio del Programa de Certificación de Derechos Ejidales, con el objetivo de privatizar las tierras y facilitar la expulsión y anulación de toda cadena que amarre a campesinos e indígenas a sus tierras.

En los Acuerdos de San Andrés se resolvió que son las propias comunidades y pueblos indígenas quienes deben determinar sus proyectos y programas de desarrollo. También se aceptó que la autonomía es la expresión concreta del ejercicio del derecho a la libre determinación expresada como un marco que se conforma como parte del Estado nacional. Así, el Gobierno Federal aceptó que la autonomía no es un peligro para la nación y que su ejercicio por parte de los pueblos indígenas contribuirá a la unidad y democratización de la vida nacional y fortalecerá la soberanía del país. Sin embargo, en el marco del Plan Puebla Panamá y de los tratados de libre comercio, se ha encontrado que es la autonomía

¹⁹ Cf. FZLN, *Boletín Chiapas al día* (CIEPAC, Chiapas), núm. 271 (2-1-02), p. 2.

y soberanía de los pueblos y de las naciones el principal obstáculo para el gran capital transnacional.

Hasta aquí las supuestas “fortalezas” de un plan que no es nuevo. Su concepción es y ha sido desde hace diez años el sueño de las grandes empresas transnacionales sobre la región. Proyectos viejos se han ido actualizando en este marco como la Ruta Maya, el Corredor Mesoamericano, las maquiladoras, los canales secos de Honduras-El Salvador o el de Nicaragua o el megaproyecto del Istmo de Tehuantepec etcétera.²⁰

En los Acuerdos de San Andrés se aceptó el derecho de las comunidades a participar en la formulación de los planes, programas y proyectos de desarrollo de los municipios en los que están asentadas. Las autoridades competentes realizarán la transferencia ordenada y paulatina de los recursos, para que ellos mismos administren los fondos públicos que se les asignen, y para fortalecer la participación indígena en el gobierno, gestión y administración en sus diferentes ámbitos y niveles.

En el Plan Puebla-Panamá, el problema no es la infraestructura, sino ¿dónde la ponen?, ¿quién la construye?, ¿quién se beneficia?, ¿a costa de qué? Y, sobre todo, ¿quién la pagará? Serán los pobres, cada vez más pobres a costa de mayores impuestos para cubrir la deuda externa de bancos dispuestos a prestar y endeudar a la nación, quienes pagarán.

Como de costumbre, México es asignado como el país maquilador y monoprodutor para la exportación. Es financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo, institución controlada por Estados Unidos y en total consonancia con la agencia de desarrollo para México del Banco Mundial.

Así,

el Plan nace ligado desde sus orígenes al levantamiento zapatista en Chiapas. La apertura comercial, y en particular la firma del TLC, está ampliando la brecha entre un norte industrializado y un sureste confinado a las actividades primarias. Fue originalmente fraguado en los círculos del poder financiero en Washington, con la supervisión del Tesoro estadounidense, fue adaptado a México por la coordinación de infraestructura estratégica del equipo de transición foxista.²¹

Es cuando el “subcomandante Marcos”, a nombre del EZLN y traduciendo el sentir del Congreso Nacional Indígena, ha dicho en múltiples ocasiones que el Plan Puebla-Panamá no funcionará si no se toma en cuenta

²⁰ Cf. Jesús Serna Moreno, “El Plan Puebla-Panamá y el patrimonio natural y cultural de la nación en el corredor mesoamericano”, *Pensares y haceres Revista electrónica de pensamiento y cultura latinoamericana* (México, CCYDEL-UNAM), año 1, núm. 1 (2003), p. 6

²¹ *Ibid*

la opinión de los indígenas. Por su parte, el gobierno, a través del Poder Legislativo, ha promulgado la Ley sobre Derechos y Culturas Indígenas, que niega a los pueblos indios la posibilidad de ser considerados sujetos de derecho público, convirtiéndolos en una especie de objetos, es decir, entidades de “interés público”, lo cual los nulifica para tomar sus propias decisiones y le niega su derecho a la autodeterminación. El trasfondo de esta injuria, a todas luces contraria al sentir de las inmensas mayorías que se expresaron masivamente durante el recorrido de la marcha zapatista, tiene que ver fundamentalmente con los proyectos neoliberales del gobierno foxista, principalmente del Plan Puebla-Panamá que está a la vista de Estados Unidos.